

FERNANDO J. MÚÑEZ



LA COCINERA

DE

CASTAMAR

Clara, una joven caída en desgracia, sufre de agorafobia desde que perdió a su padre de forma repentina. Gracias a su prodigiosa cocina logra acceder al ducado de Castamar como oficial, trastocando con su llegada el apático mundo de don Diego, el duque. Este, desde que perdió a su esposa en un accidente, vive aislado en su gran mansión rodeado del servicio. Clara descubrirá pronto que la calma que rodea la hacienda es el preludio de una tormenta devastadora cuyo centro será Castamar, su señor y ella misma.

Fernando J. Muñoz teje para el lector, con una prosa detallista y delicada, una urdimbre de personajes, intrigas, amores, envidias, secretos y mentiras que se entrecruzan en una impecable recreación de la España de 1720.

El proveedor de contenidos de TV Netflix ofrece la serie realizada con guion basado en esta novela.

Índice de contenido

Cubierta

La cocinera de Castamar

LA COCINERA DE CASTAMAR

PARTE PRIMERA

Capítulo 1

10 de octubre de 1720, por la mañana

10 de octubre de 1720, mediodía

Capítulo 2

11 de octubre de 1720, por la mañana

11 de octubre de 1720, mediodía

Capítulo 3

12 de octubre de 1720, por la mañana

12 de octubre de 1720, por la tarde

Capítulo 4

12 de octubre de 1720, desde por la mañana

Capítulo 5

13 de octubre de 1720, por la mañana

Mismo día, 13 de octubre de 1720

Capítulo 6

14 de octubre de 1720, mediodía

14 de octubre de 1720, madrugada

15 de octubre de 1720, por la mañana

Capítulo 7

15 de octubre de 1720, mediodía

15 de octubre de 1720, entrada la tarde

Capítulo 8

15 de octubre de 1720, anochecer

15 de octubre de 1720, de noche

Capítulo 9

15 de octubre de 1720, medianoche

16 de octubre de 1720, por la mañana

Capítulo 10

[16 de octubre de 1720, antes de desayunar](#)

[16 de octubre de 1720, durante el desayuno](#)

[16 octubre de 1720, después de desayunar](#)

[Capítulo 11](#)

[16 de octubre de 1720, media mañana](#)

[Mismo día, 16 de octubre de 1720. Media mañana](#)

[Capítulo 12](#)

[16 de octubre de 1720, mediodía](#)

[Capítulo 13](#)

[16 de octubre de 1720, antes de comer](#)

[16 de octubre de 1720, en la comida](#)

[Capítulo 14](#)

[16 de octubre de 1720, mediodía](#)

[16 de octubre de 1720, por la tarde](#)

[Capítulo 15](#)

[16 de octubre de 1720, después de la comida](#)

[16 de octubre de 1720, anochecer](#)

[Capítulo 16](#)

[16 de octubre de 1720, por la noche](#)

[Mismo día, 16 de octubre de 1720](#)

[Mismo día, 16 de octubre de 1720](#)

[Capítulo 17](#)

[16-18 de octubre de 1720](#)

[18 de octubre de 1720](#)

[Capítulo 18](#)

[Mismo día, 18 de octubre de 1720](#)

[Mismo día, 18 de octubre de 1720](#)

[Capítulo 19](#)

[19 de octubre de 1720](#)

[Mismo día, 19 de octubre de 1720](#)

[PARTE SEGUNDA](#)

[Capítulo 20](#)

[20 de enero de 1721](#)

[Mismo día, 20 de enero de 1721](#)

[Capítulo 21](#)

[Mismo día, 20 de enero de 1721](#)

Capítulo 22

Mismo día, 20 de enero de 1721

Mismo día, 20 de enero de 1721

Capítulo 23

21 de enero de 1721

Mismo día, 21 de enero de 1721

Capítulo 24

22 de enero de 1721

Mismo día, 22 de enero de 1721

Capítulo 25

23 de enero de 1721

Mismo día, 23 de enero de 1721

Capítulo 26

Mismo día, 23 de enero de 1721

24 de enero de 1721

Capítulo 27

Mismo día, 24 de enero de 1721

26 de enero de 1721

28 de enero de 1721, mediodía

PARTE TERCERA

Capítulo 28

16 de octubre de 1721

Mismo día, 16 de octubre de 1721

Capítulo 29

Mismo día, 16 de octubre de 1721

Capítulo 30

Mismo día, 16 de octubre de 1721

Mismo día, 16 de octubre de 1721

Capítulo 31

17 de octubre de 1721

Mismo día, 17 de octubre de 1721

Capítulo 32

18 de octubre de 1721

Mismo día, 18 de octubre de 1721

Capítulo 33

Mismo día, 18 de octubre de 1721

[19 de octubre de 1721](#)

[Capítulo 34](#)

[Mismo día, 19 de octubre de 1721](#)

[Mismo día, 19 de octubre de 1721](#)

[Capítulo 35](#)

[20 de octubre de 1721](#)

[Mismo día, 20 de octubre de 1721](#)

[Capítulo 36](#)

[21 de octubre de 1721](#)

[22 de octubre de 1721](#)

[Capítulo 37](#)

[23 de octubre de 1721](#)

[Mismo día, 23 de octubre de 1721](#)

[Capítulo 38](#)

[Mismo día, 23 de octubre de 1721](#)

[Capítulo 39](#)

[Mismo día, 23 de octubre de 1721](#)

[24 de octubre de 1721](#)

[Capítulo 40](#)

[Mismo día, 24 de octubre de 1721](#)

[Mismo día, 24 de octubre de 1721](#)

[Capítulo 41](#)

[Mismo día, 24 de octubre de 1721](#)

[26 de octubre de 1721](#)

[Capítulo 42](#)

[27 de octubre de 1721](#)

[Mismo día, 27 de octubre de 1721](#)

[Capítulo 43](#)

[29 de octubre de 1721](#)

[Mismo día, 29 de octubre de 1721](#)

[Capítulo 44](#)

[Mismo día, 29 de octubre de 1721](#)

[1 de noviembre de 1721](#)

[Capítulo 45](#)

[2 de noviembre de 1721](#)

[3 de noviembre de 1721](#)

[Mismo día, 3 de noviembre de 1721](#)

[Capítulo 46](#)

[5 de noviembre de 1721](#)

[Capítulo 47](#)

[6-7 de noviembre de 1721](#)

[7 de noviembre de 1721](#)

[PARTE CUARTA](#)

[Capítulo 48](#)

[23 de febrero de 1722](#)

[18 de septiembre de 1722](#)

[Capítulo 49](#)

[25 de octubre de 1722](#)

[2 de noviembre de 1722](#)

[Capítulo 50](#)

[26 de noviembre de 1722](#)

[NOTA DEL AUTOR](#)

[Sobre el autor](#)

[Notas](#)

A mi esposa, el aliento que respiro, el mar que
mece, que invade todo mi mundo.

A mi madre, la primera que me empujó a escribir
esta obra. A mi padre, por ser la persona de la
que aprendo cada día.

FERNANDO J. MÚÑEZ

LA COCINERA DE CASTAMAR

PARTE PRIMERA

10 de octubre de 1720 - 19 de octubre de 1720

Capítulo 1

10 de octubre de 1720, por la mañana

«No existen los dolores eternos —se decía siempre para insuflarse la esperanza de que todo era pasajero—. Ni las alegrías perpetuas», añadía después. Quizá, de tanto repetirse esa frase, había ido perdiendo su sentido y solo manifestaba la desazón que la vida le había provocado en los últimos años. Se veía como una muñeca de trapo con las hebras deshilvanadas, abocada a remendar su espíritu cada día. Pese a esto, se había recompuesto gracias al coraje que le nacía de la necesidad y a su carácter contestatario, con el fin de endurecerse y salir adelante. «Nadie podrá decir que fui cobarde», se repetía ahora Clara.

Escondida bajo la manta de paja que la cubría por completo, centró su atención en las gotas de lluvia que resbalaban por el fardo. Así evitaba mirar la luz opalina, que se filtraba por el bálago como una celosía. Cuando lo hacía, vislumbraba de pronto una inmensidad alrededor de la carreta en la que viajaba hacia el señorío de Castamar. Tenía entonces que controlar la respiración, pues la simple idea de no estar entre las paredes de una casa aceleraba su ritmo hasta el punto de colapsarla. En alguna ocasión había perdido el conocimiento por aquellos ataques de pánico. Cómo odiaba aquella fragilidad. Se percibía vulnerable, como si todos los males del mundo fueran a caer en aquel instante sobre ella, y le sobreviniera una lasitud repentina. Recordó que, precisamente por este miedo, se había sentido dividida al enterarse por medio de la señora Moneada de que en Castamar había una vacante. La gruesa jefe de asis-

tentes y enfermería se había acercado hasta ella y la había informado de que don Melquíades Elquiza, un buen amigo suyo y mayordomo de Castamar, buscaba una oficial de cocina para la finca.

«Puede que esta sea una oportunidad para ti, Clara», le había dicho.

Se había visto impelida hacia aquella oportunidad, pero, a la vez, el terror la atenazaba, pues tendría que salir del hospital donde trabajaba y residía como interna. Tan solo imaginarse por las calles de Madrid, cruzando la plaza Mayor como hacía antes con su padre, se sofocaba hasta empezar a sudar y quedarse sin fuerza. Aun así, con los ojos tapados por un pañuelo, intentó llegar por sí misma hasta las inmediaciones del Alcázar. Su debilidad le hizo regresar en estado de pánico apenas puso un pie fuera del hospital. La señora Moneada tuvo la gentileza de presentarse en su lugar ante el señor Elquiza para hablar de sus excelencias culinarias. Al parecer, su amistad venía de lejos, ambos habían coincidido siendo jóvenes en algunas colaciones campestres, cuando ella servía en la casa del conde-duque de Benavente y él ya en la del duque de Castamar. Gracias a ella, el señor Elquiza supo que su amor por la cocina le venía de familia, pues su madre, que sentía la misma pasión que Clara, era la cocinera principal del cardenal Giulio Alberoni, antiguo ministro del rey Felipe V. Lamentablemente, el prelado había caído en desgracia y había regresado a la república de Génova, llevándose a su madre consigo.

Clara, que había llegado a ser su primera ayuda, se vio obligada a dejar el servicio del cardenal, pues solo se permitió viajar con él a la cocinera jefe. En aquel momento creyó que pronto encontraría una casa señorial en la que servir, pero en cuanto los jefes de cocina comprobaban que las referencias venían de su propia madre, no le concedían crédito y menos aún se fiaban de una muchacha demasiado

culta. Así que había rebajado sus aspiraciones con tal de entrar en una cocina y, mientras tanto, se había ganado un sustento cuidando a los pobres infelices del Hospital General de la Villa, conocido también como el de la Anunciación de Nuestra Señora.

Le apenaba profundamente que su padre, el reputado doctor Armando Belmonte, se hubiera esmerado tanto en darles una educación a su hermana y a ella par a verse ahora así. Pero no le podía culpar por esto. Su padre solo se comportó como el hombre ilustrado que había sido hasta el trágico día de su muerte, el 14 de diciembre de 1710. «Tanta educación para nada», se lamentó. Desde bien pequeñas, su institutriz Francisca Barroso había mantenido una férrea disciplina sobre su enseñanza. Por eso su hermana y ella eran conocedoras de áreas muy diversas como costura y bordado, etiqueta, geografía e historia, latín, griego, matemáticas, retórica, gramática y lengua s modernas, como el inglés y el francés. Aparte recibieron clases de piano, canto y baile, que bien caras les habían salido a sus pobres padres, y eso sin contar su necesidad personal de leer compulsivamente. Sin embargo, tras la muerte de su padre su educación no les sirvió de nada y se vieron abocadas al descenso en la escala social. Por el contrario, la pasión por la cocina que madre e hija compartían, esa de la que su pobre padre se quejaba siempre, se convirtió en el pilar de la supervivencia familiar.

«Querida Cristina mía, tenemos una cocinera para algo —la reprendía él—. No sé qué dirían nuestras amistades si se enterasen de que tu hija mayor y tú andáis todo el día entre los vapores de los hornillos cuando tenéis sobrada servidumbre».

Durante los buenos años, Clara había podido leer todo tipo de recetarios de cocina, incluso traducciones de algunos volúmenes árabes y sefardíes, muchos de ellos censu-

rados en España. Había devorado con ansia el *Libro de guisados, manjares y potajes* del cocinero Ruperto de Nola, o *Los cuatro libros del arte de confitería* de Miguel de Baeza, así como todas las recetas que cayeron en sus manos o las de su madre. Desde pequeña, había acompañado a la señora Cano, su cocinera, al mercado de abastos, donde aprendió a seleccionar las mejores coles y lechugas, los garbanzos y lentejas, tomates, frutas y arroces. Cómo le gustaba separar, en aquellos ratos de infancia, las lentejas y garbanzos marchitos de los que no lo estaban mientras permanecían en remojo, qué inmenso placer cuando le daban a probar el caldo de una olla podrida, o el chocolate amargo que su padre había conseguido gracias a sus influencias en la corte. Sintió de nuevo la añoranza de verse junto a su madre elaborando bizcochos imperiales, tortas, mermeladas y confituras. Recordó cómo ambas convencieron a su padre para construir un horno de leña y barro con el fin de hacer todo tipo de platos. Él se había negado, pero al final cedió bajo la apariencia de cubrir las necesidades de la servidumbre.

Tras conocer sus credenciales por medio de la señora Moneada, el señor Melquíades la aceptó para el puesto. Castamar representaba para Clara el primer peldaño en sus aspiraciones, el regreso a una cocina de verdad. Trabajar en la casa del duque de Castamar —que había servido al rey, al quinto de los Felipes, como uno de los más destacados ilustres en la guerra civil— representaba una vida asegurada en el servicio. Le habían informado de que aquella era una casa atípica pues, poseyendo el mayor número de grandezas de España, tenía tan solo un tercio de los criados que se habría de esperar en una casa ducal. Al parecer, el señor de la casa, don Diego, se había encerrado en vida tras el fallecimiento de su mujer, y solo en los últimos años se le vislumbraba apenas en algunas de las colaciones de la corte.

Antes de partir hacia Castamar, Clara había escrito a su hermana y a su madre. Gracias a que ahora el rey Felipe permitía que cualquier súbdito —más allá de la Corona, la aristocracia y los negociantes— utilizase el correo postal, pudo informarlas de su cambio de domicilio y de que les volvería a escribir para darles una dirección estable. Invertió sus pocos ahorros en franquear cada pliego. Aunque esto no era usual, pues los correos los pagaba el destinatario, prefería hacer ese esfuerzo y evitarles esa carga a ellas.

Tras el envío de sus misivas, Clara tuvo que esperar un día para que el señor Pedro Ochando, mayoral de carros y comprador de las caballerizas de Castamar, terminara su labor de transportista por la tarde y subiera las balas de paja al alba. Era día de lluvias, la suerte la acompañó en eso. El hombre tuvo la gentileza de recogerla en las cocheras del hospital, y así ella no tuvo necesidad de disimular su terror a los espacios abiertos.

«Prefiero ir detrás, si no le importa —se había excusado con picardía—. Así me cubro de la lluvia bajo las balas de heno. No llevo demasiado abrigo».

Llevaban más de tres horas bajo una lluvia torrencial por el camino de Móstoles hasta el de Boadilla. De vez en cuando sentía algún bache y pensaba aterrada que su cobertura de paja pronto se desplazaría, dejándola al descubierto. Sin embargo, esto no ocurrió. Apenas un rato después, con los músculos ya lastimados por el traqueteo, la galera de carga se detuvo y el señor Ochando, hombre de pocas palabras, le dijo que habían llegado.

Se despidió de él dándole las gracias y descendió del carruaje con los ojos cerrados. La lluvia fría se le coló por el cuello bordado de su vestido, provocándole un pequeño escalofrío. Esperó a que los quejidos de las ruedas se alejaran lo suficiente y, con el corazón en un puño, Clara se ató el pañuelo en torno a los ojos. Auxiliada por el estrecho in-